

Excavadora en el Ecuador.



Se estaba edificando una sala de operaciones y se hacian obras de reparaci3n en algunas otras dependencias.

Hay capacidad para 120 enfermos, n3mero bien escaso, si se trata de dar impulso á las obras de canalizaci3n.

Cuenta el mencionado Hospital con cuatro dep3sitos de agua, con capacidad cada uno para 60.000 litros, que recogen la que cae en las cubiertas del edificio.

Las enfermerías ocupan la planta baja de los pabellones, y las habitaciones de las hermanas de la Caridad y las dependencias á su cargo las del cuerpo superior.

Hemos hablado de cuanto vimos y observamos durante nuestra breve estancia en Col3n, de paso para Panamá. Publicaremos algunas noticias curiosas respecto á dicha villa cuando le consagremos otro capítulo, despues de referir cuanto concierne á la capital del departamento colombiano y al Canal interoceánico.





XXI.

De Colón á Panamá.

Partimos de Colón en un tren especial, puesto á nuestra disposición por la empresa para conducirnos á Panamá. La máquina se detuvo únicamente en los puntos indispensables para que no se desorganizara el servicio.

A partir de la boca del Canal por la parte de Colón, vimos funcionar algunas dragas que no ofrecían ninguna novedad ni por su potencia ni por su sistema de construcción. De Colón á Gatún (primera sección del Canal) trabajaban unos mil operarios. Al paso del tren disfruta el viajero de una agradable perspectiva, por el sinnúmero de rústicas cabañas situadas en las inmediaciones de la vía y por la encantadora belleza del paisaje.

A medida que avanza la locomotora por la trocha abierta para su paso, se presenta mas exuberante y virgen la vegetación. Difícilmente se encontrará en parte alguna confusión mas hermosa de plantas de todas clases. Puntos hay en los que no puede alcanzar la vista mayor distancia de seis metros. El bosque es impenetrable por las enredaderas que enlazan los coco-

teros, corojos, palmiches, guachelines, guayacanes, cañas bravas, bambús, guayabas, mamones, papayos, cañas silvestres, ceibas, caobas y otros árboles y arbustos, que dan idea bien exacta de cómo se encontraban aquellos campos cuando Colón puso en ellos su planta.

Desde las copas de las corpulentas ceibas se desprende, á manera de desbordado torrente, verde hojarasca en forma de enredadera. De trecho en trecho se ven algunos trozos de terreno abierto á machetazos para sembrar maíz con que suministrar el pan á los habitantes de los pueblecillos que constituyen las viviendas de los obreros.

Se nos dijo que en el interior de la isla de Cuba hay zonas muy extensas que compiten en exuberancia vegetal á aquella parte del Istmo que está del lado del Atlántico. Siendo así, comprendemos perfectamente el tiempo y el dinero consumidos en la campaña que ha pacificado la isla. Siempre que se quiera habrá insurrectos en la manigua. El sistema de combate en puntos así no debe ser otro que el bloqueo, para impedir que lleguen auxilios á los insurrectos. El combate en aquellas condiciones, forzosamente ha de resultar funesto para las tropas leales.

Las mejores casitas de la parte inmediata á Gatún se encuentran en las alturas de las colinas y junto al río Chagres, en donde están las oficinas de aquella sección del Canal.

La vegetación es idéntica desde Gatún á Bohio Soldado, pasando por Ahorca Lagarto. En Bohio hay una cantera en donde trabajaba un buen número de obreros. En este sitio está la segunda derivación del Canal, y se ven varias cortaduras en los cerros que ha de atravesar. Un 98 por 100 de los operarios son de color.

Sigue el sitio llamado Buenavista, por lo pintoresco de su situación, y despues la estación de Fríjoles en las inmediaciones del río Chagres. Al detenerse el tren contemplamos un bellissimo cuadro; á dos metros del empuje de la corriente que

eleva las aguas á los depósitos para alimentar las calderas de las máquinas, está el lavadero de las negras. Quince ó veinte de éstas, casi desnudas, luchaban desesperadas para hacer más blanca la ropa que subido era el color de sus carnes. El contraste no podia ser más evidente.

Las laderas del camino son muy lindas, si bien desaparece la exuberancia del campo á medida que se avanza y se extiende la cuenca, que cierra una cordillera pobladísima.

Poco tardamos en llegar á Matachín, estación que tomó este nombre por lo fabuloso del número de chinos que murieron en sus inmediaciones al hacerse las obras del ferro-carril. Para que el lector juzgue la mortalidad de aquel pais, apuntaremos que cada travesía del ferro-carril ha costado la vida á dos hombres. Así lo dicen los que más interés tienen en que no se exageren allí las cosas.

En Matachín tiene la Compañía del Canal algunos talleres. Las casas de los empleados son muy parecidas á las que se proyectaron y se han construido en los pueblos de Andalucía demolidos por los terremotos. Hablamos de las casas de madera, porque no las hay de otros materiales. Algunas de las viviendas se parecen á las de Río de Piedras de Puerto-Rico y á las chozas de Bayamón.

El tren pasa por algunos sitios con precaución, sobre todo por los terraplenes castigados por las avenidas de los rios.

Desde Bajo Obispo se acentúa la cuenca. En ella, y en el punto que ha de ser Canal, se ven algunas máquinas excavadoras trabajando en seco. Esta sección del Canal es la más importante, segun la opinión de los inteligentes. Se han de extraer 25 millones de metros cúbicos en los desmontes proyectados. La trinchera ha de tener en esta parte, llamada la Culebra, 300 metros de ancha en las mayores alturas y unos 160 de profundidad. La altura de la cima, desde el eje del Canal, es de más de 100 metros, á partir del nivel del mar.

Las excavadoras son dragas que funcionan en seco. Las

hay de un solo canjilón de grandes dimensiones, armado de tres dientes como colmillos de elefante, con los cuales se arranca generalmente de un golpe una cantidad de tierra que no bajará de un metro cúbico. La tierra extraída se eleva por un movimiento de báscula y es introducida en las vagone-tas transportadoras, que á su vez la conducen á los ver-tederos.

Observamos que no abunda el material de esta clase de ataque á la obra, y que hay exceso del que debia ser reempla-zado por su inutilidad ó por no responder á los adelantos mo-dernos. Esto no obstante, hay que reconocer que el movi-miento de trabajadores es considerable, que es incesante el ir y venir de trenes, y que con frecuencia se oye el disparo de barrenos. La lucha de la civilización se vé allí palmariamente.

En las estribaciones de los cerros existen varios caseríos en donde se albergan los trabajadores. El panorama es deli-cioso.

Poco despues de la estación de Bajo Obispo vimos restos de un caserío, que habia desaparecido dias antes de nuestra llegada al Istmo por efecto de una terrible explosión, causada por la voladura de un polvorin, situado en una mina hecha en la estribación de un monte. Aquel siniestro ocasionó 40 vícti-mas. El hecho no fué intencionado, pero sí consecuencia de un caso criminal. Unos cuantos negros intentaron robar cierta cantidad de pólvora, y un descuido castigó su atrevimiento é hizo purgar faltas ajenas á los infelices moradores que tuvie-ron la imprevisión de situar sus viviendas en las proximidades del depósito de aquella sustancia explosiva.

En dicho punto se proyecta construir el puente giratorio que ha de atravesar el Canal.

A partir de este sitio pasa el Canal en construcción al lado derecho de la vía férrea y se vé el trazado que señalan multi-tud de valizas.

A poco que el viajero se fije puede comprender que los tra-

bajos preliminares del Canal están hechos, y que siendo esto lo más esencial de obra tan importante, bien puede decirse que su terminación dependerá de la cuestión económica. ¿Hay dinero? pues el Canal se hará en pocos años. Esta es la primera impresión que se recibe.

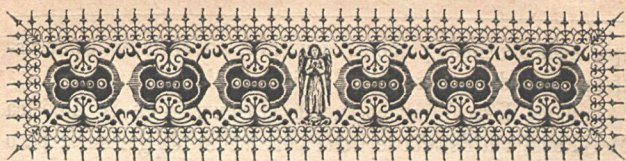
Después de Río Grande viene la estación de Paraiso, que dista ocho millas de Panamá. También en ella se ven centenares de vagones y de vagonetas, pero pocos trabajadores.

Antes de llegar á la capital, se ven varios departamentos muy bien situados en unos cerros que dominan el nuevo y el antiguo Panamá. En ellos están los magníficos Hospitales de la Compañía.

La última estación es la de Corozal: apenas arranca de ella el tren, puede saludar el viajero las tranquilas aguas del Pacífico. Qué satisfacción se experimenta! En tres horas se pasa del Atlántico al Pacífico, gozando al contemplar lo asombroso de la vegetación de los trópicos y el cosmopolitismo de los habitantes que constituyen la generalidad de aquellos pueblos.

Llegamos á Panamá á las once y media de la mañana, recibiéndonos en la estación el alto personal de la Compañía y el cónsul de-España en aquella capital, Sr. Rizo.

Lujosos trenes de carruajes, propiedad de la Empresa canalizadora, nos condujeron al Hotel Central, en donde previamente habia pedido hospedaje el presidente de la Comisión española, Sr. Sanchez.



XXII.

Panamá.

La ciudad de Panamá, cuyo nombre significa *lugar abundante en pesca*, es la capital de la provincia y del departamento del Istmo de su nombre, en la costa N. del golfo, á 132 leguas NO. de Santa Fé de Bogotá, situada en una pequeña península y defendida por una cadena de islotes. Latitud N. 8° 58' 50"; longitud O. 75° 45' 19".

Su historia está enlazada con la de nuestra patria, y sus recuerdos gloriosos vinieron á nuestra imaginación, mezclados con un sentimiento, á la vez que de orgullo, de pena, al pisar sus playas.

Cuando en 1518 nuestros bravos conquistadores llevaron la bandera española á aquel país y se establecieron en su costa á las órdenes del gobernador Dávila, fundaron nuestros compatriotas á Panamá, á unas tres leguas de distancia del perímetro que ocupa hoy la ciudad.

La primera fué destruida por los ingleses en 1673, y sus habitantes construyeron de nueva planta y en sitio mejor la

que hemos visitado y que se conserva, no obstante los desastrosos incendios que sufrió en 1756 y 1784.

Panamá floreció mucho cuando el comercio de la América Meridional con España se hacia por medio de galeones; pero el comercio decayó rápidamente á mediados del siglo pasado, desde cuya época las riquezas del Perú han sido transportadas por el mar del Sur al Atlántico, y principalmente desde que los demás puertos fueron abiertos libremente al comercio.

Por lo demás, el aspecto general de la población no entusiasma á los que estamos acostumbrados á poblaciones reconstruidas al gusto moderno. Está dividida en ciudad alta y baja, de cuyas dos partes es la más poblada ésta última, y se distingue con el nombre de *El Varal*.

La rada es cómoda, pero peligrosa, á causa de los impetuosos vientos del N. que reinan en ella: la costa es tan baja que no ofrece más que un desembarcadero, en donde solo pueden atracar las piraguas y embarcaciones chatas; las grandes fondean en las islas Perico y Flamenco, á mas de dos millas mar adentro.

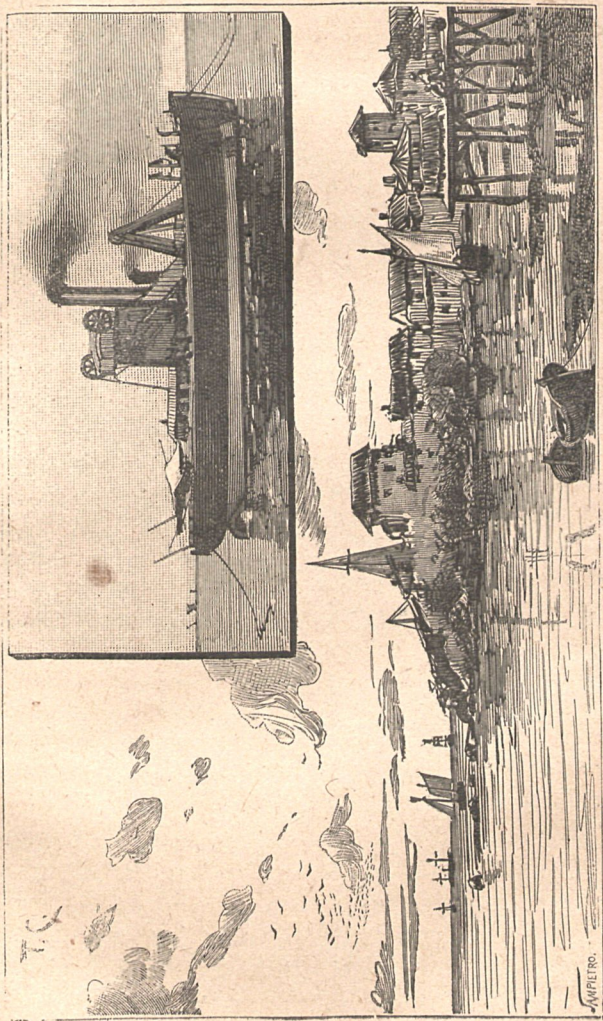
Su comercio es de mucha importancia, especialmente el que hace con Jamáica Alemania y los Estados-Unidos. Exporta por valor de más de 45.000 pesos al año.

Panamá conserva todo el aspecto de su origen español. Tiene algun parecido con las poblaciones de segundo orden del principado catalán, si bien algunas de sus calles recuerdan á las menos céntricas de Córdoba y Sevilla.

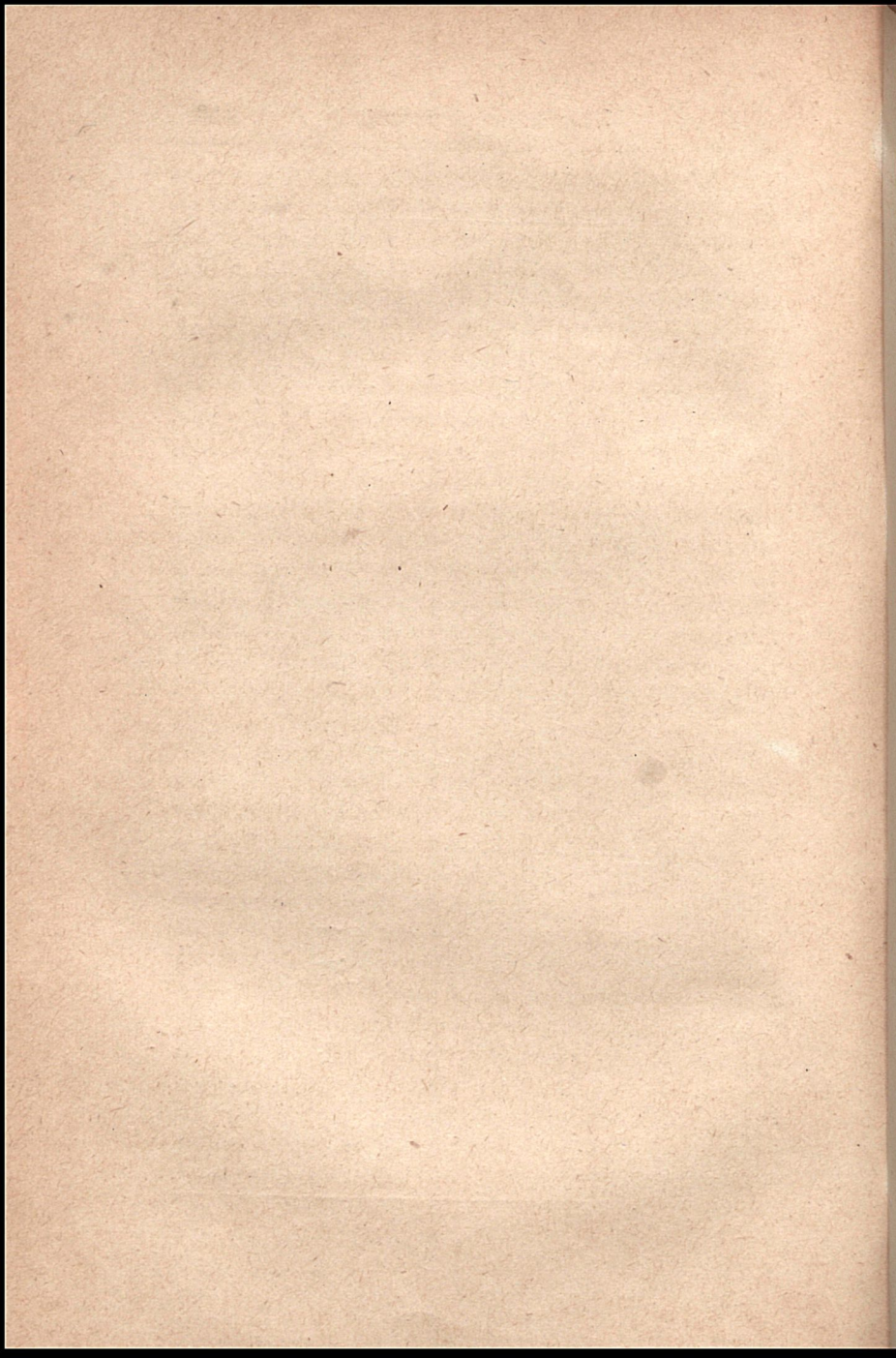
En dicha ciudad celebró Simón Bolívar un Congreso de todas las Repúblicas de América.

En un extremo de la plaza central existe un modesto monumento dedicado á la memoria del general D. Tomás Herrera, caudillo de la Independencia.

La Catedral tiene una gran fachada de muy escaso gusto artístico y su interior parece más á un cementerio que á una iglesia. En todas las pilastras abundan las lápidas mortuorias,



Punta de Panamá.--Draga en el Pacifico.



y sus principales capillas se encuentran convertidas en panteones. En una de ellas, al lado de la Epístola, hállase el sepulcro del doctor D. Joaquin Morro, hijo de Cádiz, en donde nació el año 1788. La inscripción es honrosa para nuestro compatriota.

La Asamblea legislativa del Estado de Panamá le confirió, por ley de 27 de Setiembre de 1858, el título de «Médico popular y esclarecido ciudadano.»

Tiene Panamá varias iglesias; las de la Merced, Santa Ana, San Francisco, San José y Santo Domingo. Las cúpulas de las torres están cubiertas de vegetación.

Entre los edificios más notables, pero que nada artístico contienen, debemos citar el que habita el Gobernador civil y militar del departamento, la casa del Cabildo municipal, el Obispado, las oficinas de la Compañía del Canal y la Casa-Correo. La Policía urbana apenas se conoce; 15 ó 20 presidarios, cargados de hierro, cuidan de la limpieza pública. Cada pareja de confinados lleva detrás dos guardianes, y como cada uno de éstos cobra un peso diario, resulta el servicio muy caro, al par que malo.

Hay dos paseos, uno sobre unas bóvedas que dominan el Pacífico, á la vista de la embocadura del Canal y de las isletas Perico, Naos, Taboga y Culebra, cuyas colinas están pobladas de hermosa vegetación, y otro en una llanura llamada Sábana, que dista de la ciudad unos tres kilómetros. Este es el paseo de carruajes y aquél el de los que no gustan andar mucho á pié y les agrada el mar. Bajo las bóvedas citadas está uno de los cuarteles y el presidio.

En éste habia 14 rematados, de los cuales lo estaban por homicidio dos, á quienes se impuso la condena de diez años de reclusión. La mayoría sufrían penas menores, por riñas ó hurtos.

Las sentencias son menos rigurosas que en España, pero no se aplica la gracia de indulto, y todos los penados llevan grue-

sas cadenas. Comen mejor que en nuestros presidios, siendo el pan de excelente calidad, pero la ración que se les dá es escasa.

Los cementerios radican en un extremo de la capital, y la horrible mortalidad que en ella ocurre, aún en las mejores épocas del año, la revelan, á la vez que el hedor insoportable que en las inmediaciones de aquellos sagrados recintos se percibe, el hecho de haberse enterrado en uno, inaugurado hace 20 meses, más de cuatro mil cadáveres. Hay además cementerio de extranjeros y cementerio chino. Ninguno de éstos dista de la ciudad más de 200 metros. Conviene apuntar aquí que la población se calcula en unos 25.000 habitantes.

Los que amen la vida no deben ir allí; es fácil hacerse rico á poco que la fortuna ayude; pero lo es también el morir antes de haber ganado lo suficiente para el pago del entierro.

El clero de la capital se reduce á ocho sacerdotes, que con los agregados y transeuntes jamás pasan de doce.

El Seminario es casi inútil. Había en él ocho alumnos, á quienes se pagaba la carrera y se les mantenía, pero temian con razón los profesores que en cuanto supieran lo bastante para ser listeros en las obras del Canal, trocarían la sotana por la vida libre, como ha sucedido con los que estudiaron antes que ellos. Casi todos los listeros proceden del Seminario y ganan 120 pesos mensuales. Se pensó en cerrar dicho establecimiento de enseñanza religiosa, pero se abandonó el propósito para evitar que el Estado se incautara del edificio, como se ha incautado de todos los que pertenecían al clero. Para cortar en lo posible el abuso que se viene cometiendo en lo que á los seminaristas se refiere, se ha limitado la instrucción que antes se les daba, concretándola á lo indispensable para ejercer el sacerdocio.

La guarnición de Panamá es reducida. De 400 soldados que fueron á relevar los que había, murieron 175 en los dos primeros meses. Los únicos que van uniformados son los que dan la guardia al General gobernador de la plaza, si bien vá

calzado cada uno como le acomoda. Cuando estuvo allí Lesseps regaló quinientos uniformes, que son los que tienen para los actos de servicio que requieren algun decoro. De ordinario los soldados no llevan otra prenda militar que el kepis, y sus ropas de paisano pecan generalmente de excesiva suciedad.

De 20 soldados no se encuentran dos con prendas iguales. Unos visten de gala, otros pantalones de algodón de diversos colores, chaquetas, chaqués, americanas, blusas, borcegues, alpargatas, chanclos, zapatillas, botas de agua, gorras, kepis, teresianas, chacós ó aquello que mejor les cuadra. Pero uniformes tan abigarrados y tan sucios, ocultan pechos valientes y soldados que se baten con singular denuedo.

De capitán abajo, apenas llevan otra insignia militar que el kepis.

El general de division cobra mensualmente 400 pesos; el de brigada, 340; el coronel, 240; el teniente coronel, 200; el comandante, 160; el capitán, 120; el teniente, 100, y el alférez, 80.

Los soldados perciben un peso diario.

Antes de la revolución de Marzo de 1885 era Panamá Estado soberano, con Presidente electo por el mismo Estado.

La revolución tuvo por objetivo contrariar al general Nuñez, que queria reformar las leyes de Colombia en sentido restrictivo; pero vencida despues de nueve meses de lucha, reunióse la Asamblea nacional, á la que propuso Nuñez la reforma constitucional en sentido moderado, derogando la Constitución llamada *Río negro*, un tanto demagógica en verdad.

La Asamblea propuso á los Estados las bases de la reforma, que fueron aceptadas, y en su consecuencia se discutía por la Convención nacional en Bogotá la reforma constitucional cuando visitamos á Panamá.

Los Estados conservan su autonomía algo restringida, excepto Cundinamarca, que está administrado por el Gobierno nacional.

Panamá disfruta también de alguna autonomía, pero el jefe del departamento depende directamente del Gobierno federal.

El último Presidente del Estado de Panamá, elegido por el pueblo, general Aizpuru, vencido por los coroneles Montoya y Reyes (hoy generales), está desterrado.

Sometido Panamá al Poder central, fué nombrado Gobernador civil y militar del departamento, con el carácter de secretario de Estado, el general Santo Domingo Vila, uno de los más ilustrados y valientes del ejército colombiano y cuya historia política y militar es muy notable y honrosa.

Apenas encargado el general Santo Domingo del mando del departamento en Marzo último, publicó un Manifiesto dando á conocer el plan del Gobierno central, que tendía á asegurar la paz dentro de una política liberal conservadora que pusiera fin á las conspiraciones y á las revoluciones. Dispuso, como medida de gobierno interior, la revisión de cuentas de las administraciones anteriores, en las cuales han aparecido inmoralidades y *distracciones* de fondos, que demuestran que no podían estar los intereses públicos peor dirigidos. Ordenó que las casas de juego y de prostitución se situaran á quinientos metros de la ciudad, y adoptó medidas encaminadas á mejorar los servicios públicos y á emprender obras de utilidad manifiesta. En el poco tiempo que lleva al frente de Panamá ha logrado corregir grandes abusos y hacer que vuelvan á depender del Estado grandes estensiones de terreno usurpados al mismo.

El juego produce cantidades fabulosas. Una empresa ofrecía ciento cincuenta mil pesos anuales por la exclusiva en el negocio.

En Colón lo tiene contratado por mil duros mensuales un catalán apellidado García, al cual se le dió orden de que cesara en la explotación de aquel vicio; pero amparados sus derechos por el vicecónsul español, continúa ejerciendo su industria. Lo bueno del caso es que en el convenio se consigna

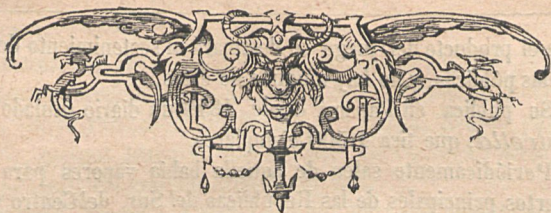
que el producto del juego se destinará al sostenimiento de escuelas públicas, y no hay ninguna de éstas.

Se publica en Panamá desde 1849 un diario titulado *La Estrella*, que tira 1.500 ejemplares.

Periódicamente salen de aquella bahía vapores para los puertos principales de las Repúblicas del Sur, del Centro y del Norte de América.

La estación seca (el verano) es de Diciembre á Mayo y el resto la estación lluviosa. Junio es el mejor mes, lo que pudiéramos llamar primavera, si allí no sofocara siempre un calor escesivo.





XXIII.

El cuartel de las Monjas.-Muerte del general Gaytán.- Una proclama.

Pasábamos por el cuartel llamado de las Monjas, por haber pertenecido el edificio á una comunidad de religiosas, cuando llegó á nuestra noticia que se hallaba en él, preso y enfermo de gravedad, uno de los principales caudillos de las últimas revueltas políticas de aquel país, é intentamos verle.

Nuestros primeros pasos para lograrlo fueron infructuosos, y como nuestro amor propio se sentia herido al oír de labios de algun compañero de comisión que perdíamos el tiempo persiguiendo un imposible, redoblamos nuestras gestiones hasta conseguir el oportuno permiso para entrar en el aposento del general prisionero y moribundo cuando lo tuviéramos por conveniente.

Declaramos con ingenuidad que tal distinción, desusada en Colombia, no la debimos á nosotros, que sin duda alguna éramos absolutamente desconocidos para el general Santo Domingo Vila, sino á una carta de recomendación que para dicha autoridad nos habia hecho el honor de entregarnos en la